

# LA INCESANTE PUBLICÍSTICA

FOLLETOS DEL PRIMER PERONISMO

(1945-1955)



---

## Historicidad del folleto

---

La publicística del primer peronismo, como es sabido, tiene dos grandes fuentes: la del amor, de evidente inspiración evangélica, y la del trabajo como sede redentora de la comunidad humana. Ambas son credos que heredan cierto misticismo que los movimientos sociales de cualquier signo siempre han preservado para sí a fin de cimentar sus ligaduras organizativas y legendarias. Este tipo de misticismo laico –no ajeno de ninguna manera al yrigoyenismo– también tenía una disposición, latente según el momento y la circunstancia política, para combinarse con la explotación que realizan las iglesias establecidas en torno a su credo. El peronismo –si hoy podemos definirlo así– bordeó todos esos temas, pero para sí y en su sí-mismo, quiso ser fiel a eso, creó una doctrina –explícitamente llamada de ese modo– que puntualizó, cubrió y se tornó versículo profano que sobredeterminaba todos los órdenes de la vida, sellándolos con una suerte de hedonismo social democrático que valoraba el presente radiante y no dejaba asomar fácilmente los síntomas del conflicto que toda sociedad contiene.

Desde luego, el peronismo afectó intereses consolidados históricamente de los grupos anteriores de dominio, que llamó con una denominación tomada de antiguas cartografías políticas, y que popularizó al punto de hacerlo un triunfo esencial de su publicística: la oligarquía. Para eso, expuso su doctrina –expresión que sin duda tomó de experiencias anteriores, en el campo de toda la historia de las creencias humanas, y que en la Argentina tenía antecedentes remotos en Echeverría y no menos antiguos en los discursos de Alem y el socialismo de los orígenes. No se privó de versículos y formas sentenciosas, tramos expresivos del linaje aforístico de todos los movimientos populares, que en la voz de Perón funcionaban como andamio interno de sus discursos, y que tenían un fuerte contenido de tensión interrelativa.

Así como Evita no solía pasar por alto su agonomismo característico, implantado en su voz con un don que le permitió durante sus inicios en la vida pública captar con acabada sensibilidad el modo en que hablaba la radiofonía de ese momento histórico (y en ese semillero de frases amatorias había también un vigor que, sin dejar de lado su semejanza a una plegaria, se dirigía asimismo “contra los enemigos del pueblo y de Perón”), respecto al propio Perón, justamente, podía decirse que poseía una gracia pedagógica no ajena a su educación militar, donde se habían amasado internamente todos los matices de la orden, que –como él mismo lo explicaba– era necesario transformar en frases de prédica y captación del ánimo participativo de las multitudes que debía convocar. El sujeto de su discurso, que era un Estado realizativo y una Nación que proponía un goce de soberanías e igualitarismos, provenía de las más añejas fuentes de la democracia clásica republicana, puesto que si por un lado era un discurso muy “normatizado” –como diríamos hoy– por otro lado, en cada una de sus emisiones dependía muy estrictamente de que fuera creído, de que se moviera positivamente en su “cadena de efectos de la lealtad” –tesoro disponible, se intuía–, en aquellos a los que se dirigía. Por la misma razón, también el tema era esa misma “lealtad” que el peronismo se caracterizó por convertir en una forma de ética convencional, de explotación persistente, lo que –sin que lo hubiera percibido– lo obligaba continuamente a reafirmarla y a sospechar como una amenaza sorda la contraparte de traición, inevitable par antagonístico suscitado cada vez que se mencionaba el primer término de la contraposición.

Eso endureció fatalmente su doctrina, que estaba completamente escrita, preparada, para su difusión en todos los poros de la sociedad, a modo de un lenguaje con mucha riqueza expositiva –de eso no cabe duda. Pero también, portando el inconveniente de origen: el de su carácter ya homogéneo, como si se dijera, “ya hablado”. Esta cuestión pasó a ser de principal importancia y

generó la fisura que atravesó muchos años de política nacional, y que no tanto se expresaba en el poder público que emanaba de la lengua peronista expandida desde el Estado, sino de que ella misma definía, en su mismo uso, casi el único modo de ser peronista, lo que no excluía su conversión en refranero y que pudiera ser invocada por partes, forjándole otra secuencia de aparición a sus heteróclitos emblemas o bien transfigurándola a través de intérpretes que proliferaban con entera libertad. El dominio de los intérpretes fue más notorio cuando Perón comenzó a hablar desde el exilio, y él mismo sospechó que a su doctrina en estado de cristalización, debía hacerla jugar en y desde esas otras voces proliferantes, que incluían todos los idiomas transformadores del siglo político. Pero en esta exposición, pluralizada por una hermenéutica chispeante que no dejaba de agregar planos laterales de sentido, lo que se muestra son los enormes alcances del vocabulario estatal del peronismo, la incesante folletería que fabricó con su estética industrialista del diseño heroico, tomada de muchas aristas de la gráfica *art nouveau* y en, última instancia, del eco de las figuras épicas del trabajador que en nada eran ajenas a las aficherías que los artistas rusos o italianos –el futurismo, de alguna manera– habían presentado para los movimientos políticos que sacudieron las creencias de la humanidad en el mismo siglo en que el peronismo era una lectura distanciadora de aquéllos. Sin embargo, estos excepcionales documentos no están estudiados acabadamente en todas sus consecuencias hacia el orden expresivo de la historia nacional. Es que son portadores también del sintoma de su peligro y de la oculta tendencia que los llevaba a ampliarse de un modo en que simultáneamente trazaban su propio tropiezo.

El temido complemento del par lealtad-traición era una cuerda que podía quebrarse en alguna de sus partes más milimétricas, en una flexión infinitesimal, imperceptible, que repentinamente estallara como una lámpara que emitía dos fognazos contradictorios en una misma mónada de tiempo. Excepcionales documentos, decimos. Todos lo son, pero para mostrar los alcances de esta folletería que creaba su fuerte burbuja lexical y al mismo tiempo aceleraba la historia, podemos ver –entre figuras de cuerpos inspiradas en sueños cubistas-expresionistas–, la frase “quienes dejaron de cumplir su deber de argentinos y su deber de sacerdotes están fuera de la Ley de la Nación y la ley de Dios” (uno de los folletos de 1954). Duras palabras que no eran fáciles de decir, aunque no se poseía necesariamente la clave de cómo ellas se inmiscuirían no mucho después en muchas de las más tremendas acciones reactivas –plenas de furia y de sangre– que se desencadenarían a la vista de todos.

La historia no procede bajo el signo del arte de leer folletos. Pero no es posible ahora seguir esa historia sin apelar a lo que ellos significaron para fortalecer los lazos de lealtad (con sus acentos de estridencia buscada, pues eran explícitos: no conceptos del interior de las conciencias sino de un modo de expresión reclamada en el ágora, con sus cánticos correspondientes) y dar lo que ya podrían considerarse ingenuos pretextos para un tipo de acción violenta, reaccionaria, vehiculizada por artefactos técnicos de destrucción que hasta entonces no se habían usado contra población alguna en nuestro país. No puede decirse “y todo esto por unos discursos”, pero la realidad también se compone de ellos, con sus poderosos aunque callados simbolismos. En tanto, vistas estas publicaciones del texto político oficial, el orden de satisfacción colectiva que postulaban, por un lado encerraba más componentes de lucha y vehemencia de los que hacían visibles (debido a su tono aparentemente didáctico), y por el otro, no era posible calcular la injusta dimensión de la catástrofe que podía producirse sobre ella, en tanto y en cuanto era ella la que marcaba tan ufanamente su existencia. Es que esa conciencia folleteril poseía una conciencia ingenua respecto a que el pedido de lealtad –como todo pedido de esa índole– refulge en la historia con requerimientos muy rigurosos, dejando el casillero opuesto en enigmática libertad. Como sorpresa que de tan sancionada, se hace oscuramente deseable.

Horacio González